869.308
Ed41
no.36

Nº. 36

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
DIRECTOR: Leopoldo Durán

GUILLERMO VALENCIA

POEMAS

The Library of the
JUN 28 1982
University of Illinois
at Urbana-Champaign

BUENOS AIRES
1918

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MÍNIMAS

Aguafuertes del Zoológico. D. Clemente Onelli, el sabio director del jardín zoológico de la capital, no cree, entre otras cosas, en la virtud del ocio. Y para comprobarlo, cuando sus trabajos y sus estudios llegan a dejarle alguno, lo mata haciendo literatura.

En sus populares dominios, poblados a cualquier hora con las voces y gritos más extraños de la fauna mundial, el Sr. Onelli se ha formado, en efecto, un retiro apacible que le permite substraerse a ratos a la batahola del jardín y entregarse a las letras que cultiva, sin pretensión literaria, aunque con sabia eficacia.

Allí ha escrito la serie de bocetos que, con el título arriba indicado, acaba de publicar la biblioteca "Ediciones Mínimas" en uno de sus pequeños opúsculos mensuales.

Contiene este cuaderno una docena de cuadros prolijamente estudiados en ese mundo aparte de los seres inferiores, en el que el autor del folleto sabe hallar, aprovechando los detalles que el público deja pasar inadvertidos, motivos fáciles para sus digresiones de observador agudo y sagaz.

Escritos en el estilo un tanto desaliñado del autor, los bocetos del señor Onelli acusan una gran veracidad, realzada por la amable ironía que caracteriza habitualmente la producción de este escritor.

Podrán citarse, entre los cuadros más animados, los titulados Crepúsculo en el Zoológico, Petronio, Los ruiseñores del barro, El marido clueco, Voces del silencio y otros. "La Nación". Buenos Aires.

***

Publicando estas siete parábolas, la Dirección de "Ediciones Mínimas" ha rendido a la memoria inmortal de su autor un homenaje sencillo, al par que estético, digno como ningún otro del maestro por esa misma sencillez.

Y ha realizado al propio tiempo obra educativa al ponerlas al fácil alcance de los hombres amigos de estas cosas sublimes del espíritu.

Educar, educar en el sentido íntegral de la palabra, fué el propósito que Rodó persiguiera entusiásticamente con su obra, y a fe que de estas "Parábolas" emanan enseñanzas profundas. Así se reconforta nuestro ánimo con la frescura de fecundo optimismo, después de "ver" al niño jugar con la copa de cristal, como salimos ganando en inquietudes hondas luego de leer "El monje Teótimo" y "Ayax", o acrecentamos, en cierto modo, nuestro acerbo de impresiones acerca de los misterios del alma humana después de meditar sobre la parábola hermosa de "Lucrecía y el mago" para comprender a los hombres con amplitud mayor — y con ello amarlos más — una vez leído con atenciosa lentitud ese relato emocionante del viaje accidentado de "Los seis peregrinos".

Y así, a través del tiempo y el espacio, el sereno Maestro, sigue aun enseñando a las generaciones jóvenes, la conveniencia de amar intensamente la vida, comprendiéndola, que es sin disputa la forma más elevada de amarla. Realizando de esa suerte obra fecunda, dentro de su perdurabilidad, a despecho de quien, con un criterio unilateral, pretendió, no ha mucho, desvalorizar la obra rodoniana, sometiéndola a un análisis estéril como la misma erudición pesada que el autor de la crítica puso en esa ocasión de manifiesto. Tikónidos. "Ideas". Buenos Aires.

POEMAS DE GVILLERMO VALENCIA.

EDICIONES MÍNIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO DE DONNIS

Guillermo Valencia, como José Maria de Heredia, ha publicado un solo líbro. Para cimentar su gloria, tan pura sino tan alta como la del autor de los TROFEOS, le ha bastado la publicación de RITOS, cuya primera edición apareció en la capital de su país nativo (Colombia) en 1898. Diez y seis años después, Sanín Cano, el sapiente y acendrado escritor, prologó la segunda edición aumentada de ese volumen, reimpreso en Londres. Eso es todo con respecto a la bibliografía de Valencia, aunque sabemos que mantiene inédito un extenso poema titulado ZARATHUSTRA.

En estas páginas — breves pero no efímeras — están los elementos esenciales y ponderables que muestran cabalmente la superioridad de su arte. Poesía quintaesenciada; vale decir: exquisita, expresada en versos de una perfección técnica maravillosamente lograda; afinación del lenguaje, depurado de voces sín expresión, sin color y sin sonido, para adueñarse de aquellas que plasman imágenes sorprendentes, rendidas a la evocación creadora del talento; concepciones amplias y nobles, desarrolladas con refinada sensibilidad moderna, pero vaciadas en formas clásicas; elevación, proporción y armonía en el pensamiento; dominio de la emoción y dignidad en sus manifestaciones externas: he aquí, en síntesis, una definición somera de la poesía de Guillermo Valencia.

ANARKOS

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

FEDERICO NIETZSCHE

EN el umbral de la polvosa puerta,
sucia la piel y el cuerpo entumecido,
he visto, al rayo de una luz incierta,
un perro melancólico, dormido.

¿En qué sueña? Tal vez árida fiebre
cual un espino sus entrañas hinca
o le finge los pasos de una liebre
que ante sus ojos descuidada brinca.

Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza,
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día
para tornar a su fangoso abrigo.

Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,
y de esa tumba miserable, saca
tiras de piel, cadáveres de cosas,

Entre tanto, felices compañeros
sobre la falda azul de las princesas
y en las manos de nobles caballeros
comparten el deleite de las mesas;
ciñen collares de valioso broche,
y en las gélidas horas de la noche
tienen calor, en tanto que el proscripto
que va sin dueño entre el humano enjambre,
tropieza con el tósigo maldito
creyendo ahogar el hambre,
y en las hondas fatigas del veneno
echado sobre el polvo se estremece,
fatídico temblor le turba el seno,
y con el ojo tímido, saltado,
sobre la tierra sin piedad, fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
al bardo sólo que a su lado pasa,
atedia la frescura de su boca
"donde nítidos dientes
se enfilan como perlas refulgentes"...

Mísero can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de su pena;
como tú se acurrucan en los quicios,
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de obscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.

¡Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
los degüellan las ráfagas de tisis!

Los mudos socavones de las minas
se tragan en falanges los obreros
que, suspendidos sobre abismo loco,
semejan golondrinas
posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
trémula y amarilla,
perfora obscuridad su lamparilla;
sobre vertiginosos voladeros
acometen olímpicos trabajos,
y en tintas de carbón ennegrecidos,
se clavan en los fríos agujeros,
como un pueblo infeliz de escarabajos
a taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
vierten sangre; sarcástica retumba
la voz en la recóndita huronera:
allí fué su vivir; allí su tumba
les abrirá la bárbara cantera
que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
o frenética, y ciega y bruta y sorda
con sus olas de piedra los aplasta.

El minero jadeante
mira saltar la chispa de diamante
que años después envidiará su hija,
cuando triste y hambrienta y haraposa,
la mejilla más blanca que una rosa
blanca, y el ojo con azul ojera,
se pare a remirarla, codiciosa,
al través de una diáfana vidriera,
do en mágicos joyeles
de rubias sedas y olorosas pieles,
fulgen piedras de trémulos cambiantes,
ligadas por artistas
en cintillos; rubíes y amatistas,
zafiros y brillantes,
la perla obscura y el topacio gualda,
y en su mórbido estuche
de rojizo peluche,
como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa,

sus ojos clava, de un azul intenso,
en las joyas, cautiva
de algo que duerme entre el tesoro inmenso;
no es la codicia sórdida que labra
el pecho de los viles:
es que la dicen mística palabra
las gemas que tallaron los buriles:
ellas proclaman la fatiga ignota
de los mineros; acosada estirpe
que sobre recio pedernal se agota,
destrozada la faz, el alma rota,
sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
de la raza minera
en los antros más hondos de la hullera:

¡Loor a los dolientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que, en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

¡Loor a los valientes campeones
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

El zafiro recuerda
a los trabajadores de las simas
el último girón de cielo puro
que vieron al mecerse de la cuerda
que los bajaba al laberinto obscuro:

¡Loor a los sepultos campeones
que no verán ya el cielo
entre los socavones!

Y el topacio de tinte amarillento
es recóndita ira
y concreciones de dolor; lamento
que entre el callado boquerón expira:

¡Loor a los cautivos campeones
que como fieras rugen
entre los socavones!

La joven pordiosera
huyó...

¿Qué formidable vocerío
pasa volando por la azul esfera,
con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
al aire desplegando los pendones
color de cielo; sus cabezas tienen
profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
el himno, la oración y la blasfemia;
llama febril sus ojos ilumina
de sacros resplandores:
cálidos como el rostro de la Anemia,
llegaron ya: son los Conquistadores
del Ideal: ¡dad paso a la Bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
que no beben los bárbaros, y envueltos
en andrajos, son almas de coloso,
que treparán a la impasible altura
donde afilan sus hojas los laureles
con que ciñes de olímpica verdura
en tu vasto proscenio
a los ungidos de tu Crisma, ¡oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
de combate, repleta de pinceles;
el otro vibra, como ruda clava,
un cuadrado martillo y dos cinceles;
se interrogan, se dicen sus proyectos
de obras que dejarán eternos rasgos:

aunque sean insectos,
el mármol y el pincel los harán astros.
Un escultor ofrece
pulir la piedra como fino encaje
para velar un seno que florece
bajo la tenue morbidez del traje;
aquése de fosfórica pupila
que las del gato iguala,
discurre solo en actitud tranquila
con el azul cuaderno bajo el ala;
y el bardo decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas,
y de sus labios, que al reir no alegra,
brotará el pensamiento
como un águila negra,
con las alas enormes
desplegadas al viento,
para cantar la Venus Victoriosa
cuya violenta juventud encarne
el espíritu alegre de la diosa
en las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
sobre la débil caja
de su violín sonoro,
dice la voz que de los cielos baja
como un perfume del jardín de oro,
y, agarrando del cuello enflaquecido
al tísico instrumento,
lo hace gritar con trágico alarido,
y con ahogados trémulos simula
el sollozo de un mártir que se queja
bajo el negro dogal que lo estrangula:
y sobre todos flota,
como un sueño de amor en noche larga,
la paz del arte que su duelo embota
y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
de miserables, vuestro ensueño vano

vuela sólo entre sombras como vuelan
las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos
que doran las soberbias capitales,
arderá vuestras frentes inmortales
y vuestras alas de zafir, ¡oh Locos!

Sin pan, ni amor, ni gruta
donde dormir vuestras febriles horas,
sucumbís a la bárbara cadena,
que os empuja a los légamos del Sena...

¡Canes, minero, artistas,
el árido recinto que os encierra
consume vuestros lívidos despojos;
y en el agrio Sahara de la tierra
sólo hallásteis el agua... de los ojos!

¡Huid como bandada tenebrosa
de pájaros nocturnos que entre ramas
hienden la obscuridad sin voz ni huella;
morid: para vosotros
no se difunde el día
ni se columpia en el Zenit la estrella
que llamaron los hombres Alegría!

Cuán lejos de vosotros se levanta,
sobre columnas de marfil bruñido,
la ciudad de los Amos, donde canta
su canto de ventura
el gozo, entre las almas escondido.

Allí todos olvidan
vuestra angustia. Los árboles no dejan
—de silencio cargados y de flores—
llegar, de los vencidos que se quejan,
el treno funeral de sus dolores;

allí, cual un torrente
que dé sus ondas a dormidas charcas,
resbalan friamente
con ruido sonoro
el oro, a los abismos de las arcas.

Allí las sedas crujen
como crujen las carnes sacudidas
por las fieras: son fieras que no rugen
los seres sin piedad. Ved como pasa
sobre el marmóreo suelo,
con su capa de pieles, la hembra dura
cual un oso gigante sobre hielo.
¿Por qué se abren sus ojos
desmesuradamente?

¡Ah! si es que apunta con fulgores rojos
el astro de la sangre por Oriente.

Bajo el odio del viento y de la lluvia
por la frígida estepa se adelantan
los domadores de la "Bestia rubia";
ya los perros sarnosos
se tornaron chacales. De ira ciego
el minero de ayer se precipita
sobre los troncos. ¡Un airado fuego
entre sus manos trémulas palpita,
y sorda a la niñez, al llanto, al ruego,
ruge la tempestad de dinamita!

¡Son los hijos de Anarkos! Su mirada,
con reverberaciones de locura,
evoca ruinas y predice males:
parecen tigres de la Selva obscura
con nostalgias de víctima y juncales.

El furioso caer de sus piquetas
en triza torna la vetusta arcada
que erigieron al Bien nuestros mayores;

y por la red de las enormes grietas
va filtrando, con tintes de alborada,
un sol de juventud sus resplandores.

Aquél un arma ruda
pide, que parta huesos y que exprima
el verbo de la cólera; filuda
por el trabajo, recogió su lima
de fatigado obrero,
y bajo el golpe de Lucheni, ¡muda
cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
vuestro valor ante la muerte espanta:
negros emperadores del cuchillo,
que rendís la garganta
como débil mendrugo
a las ávidas fauces del verdugo:
de duques y barones
no circundó plegada muselina
vuestros cuellos. Allí donde culmina
el dorado listón de los toisones
os dió la guillotina
su mordisco glacial: vendimiadora
que la tez y las almas decolora.

Aun parece vibrar en mis oídos
la voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
iba a rodar su juvenil cabeza,
como la flor al soplo de la racha,
y exclamó: "Germinal"

y de la herida
corrió una fuente de licor sagrado
que bautizó la historia dolorida
de los siervos, con óleo ensangrentado.

Y ese fué dulce al comenzar: renuevo
de razas de alto nombre,

¿Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en el tiempo asoma:
el hombre, como el huevo,
¡en nidos de dolor será serpiente,
en nidos de piedad será paloma!

Por donde quiera que mi sér camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakounine,
y el heraldo feroz de Zarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles: la vida
es una fuente para todos llena;
¡id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, tu siervo te convida!
¡nada escuchan! ¡Los pobres, a la jaula
de la miseria se resisten fieros,
y con brazos de adustos domadores
y el ojo sin ternura, los enjaula
la codicia sin fin de los señores!

¿Quién los conciliará? Tibios reflejos
de una luz paternal y vespertina
visten de claridad el linde vago:
es que el Patriarca de los Ritos viejos,
de sapiencia cubierto, se avecina,
con la nerviosa palidez de un mago.

Es flaco y débil; su figura finge
lo espiritual; el cuerpo es una rama
donde canta su espíritu de esfinge;
y su sangre, la llama
que los miembros cansados transparenta;
de su nariz el lóbulo movible
aspira lo invisible,
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta:

¡es de los griegos la gentil cigarra
que con mirar el éter se alimenta!

Impasible se yergue
—melancólico espectro—
y de la cuerda blanca
a su místico plectro
la melodía arranca.
Impasible se yergue:
hay algo de felino
en su trémula marcha,
hay mucho de divino
en la nítida escarcha
que su cabeza orea.

Cruza sin otras galas
que la túnica nívea
que remeda las alas
rotas de un genio del celeste coro
y sobre el pecho una
cruz de pálido oro.

Alza el brazo. La Europa
lo aguarda como a antiguo caballero,
debajo de una bóveda de acero;
calla sus labios la soberbia tropa
de esclavos y señores:
el Pontífice augusto
trae el bálsamo santo que redime,
y calma la batalla de panteras;
evalúa lo justo;
ya va a decir el símbolo sublime...
y de sus labios tiernos
salió, como relámpago imprevisto,
a impulso de los hálitos eternos,
esta sola palabra:

"Jesucristo".

ANIVERSARIO

(Stefan George)

HERMANA, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí:
Hoy há siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

CROQUIS

BAJO el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...
Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de yerdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima obscura
se rompió con estrépito la frente.

Era el amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío:
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
¡enmudecía la ciudad inmensa!

y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia,
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fué él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo,
de la fuga del pálido mendigo...
.....
Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima obscura;
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surga entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...

LA VISITA

"Una noche, Emerson, que había venido de América para conocer a Carlyle, entró en el comedor donde el Maestro sentábase junto a la chimenea. Carlyle encendió su pipa y Emerson instalóse en un sillón frente a él. Las horas pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra, mientras se consumía el fuego del hogar. Sólo cuando Emerson se levantó para retirarse, Carlyle le dijo con sencillez:

"Esta es una de las noches más felices que he pasado en toda mi vida".

JUAN PUJOL.

¡Oh soledad de todos los que dan!
¡Oh silencio de todos los que brillan!

NIETZSCHE.

LA metrópoli enorme y grave, sacudía
su gris sayal ante la primavera
que mil granadas de oro y púrpura entreabría
sobre el éter y el mar y sobre la pradera.

Al fenecer de un día,
venciendo una torcida, fantástica escalera,
atravesó el umbral del Solitario
un hombre que venía
de apartada región extranjera.

—¡Emerson!—dijo al verle, el Maestro, y al punto
—¡Carlyle!—exclamó el huésped... y fué todo.

El silencio
los envolvía como la yedra sabe
cubrir a las estatuas olvidadas....

Sentados frente a frente cabe las llamaradas
del hogar, inclinaron las gloriosas cabezas,
y comenzó un excelso coloquio sin vocablos:
¡el coloquio de aquellas dos grandezas!

Pensad en el poder de dos fieros venablos
que vuelen ciegos a la lejanía
sin rozarse en el ímpetu de su febril porfía;
pensad en dos esferas siderales
que recorren sus sendas eternales
alumbrándose, mudas; influyéndose, solas;
meditad en dos nubes preñadas de tormenta
que cruzan por instantes sus espadas
sin restallar de trueno que revienta;
en dos esbeltas ánforas colmadas
(dejen brillar su plenitud gozosa
en perlas que se fundan sin ruido
en un pozo dormido);
meditad en dos águilas rivales
trazando en el azul sus espirales
gigantescas por cima del abismo:
meditad en dos pomos de gracia deleitosa
que dejen mezclar. libre, por el sutil ambiente.
su poder esencial en tímidos efluvios;
pensad en dos amantes: con emoción ardiente,
se cambian su retrato, y en plácido mutismo
remira cada uno la imagen floreciente
como si en un espejo se contemplara él mismo.

Y en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj, y esos dos sentimientos
y esas dos elaciones en aquellos gigantes

mudos, eternizaban los instantes
entre un ensueño vago de vagos pensamientos.
La ennegrecida pipa del escocés alzaba
tenue espiral que al ascender fingía
humo de un corazón que se abrasaba.
Emerson... meditaba...
La realidad dormía.....
Y aquellas dos mudeces eran el libro abierto
donde cantaba el uno la augusta epifanía
del otro; dos palmeras del desierto
que se fecundan desde velada lejanía.
Y en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj. Y así pasaron
horas sin cuento. La postréra brasa
crepitó; al extinguirse, despertaron
los absortos.

En fúlgido derroche
titilaban los orbes en el cielo.
¡Oh fecundo silencio!
¡Oh silencio gemelo de la noche!

Venciendo la escalera fantástica y torcida,
Emerson se alejó, y el Solitario exclama:
"¡Qué noche tan feliz entre las de mi vida!"

¡Amor que para herir no necesita el grito!
¡Oh tácitos poemas que nuestra voz humillan!
¡Oh silencio de todos los que brillan!
Punto de intersección del alma en lo infinito.....

ANIMAL TRISTE

¡CESAD!, que ya la música mi espíritu fatiga,
y el ideal me cansa como nos cansa una
bebida, cuya fuerza se disipó, ninguna
ficción, ninguna magia mi laxitud mitiga.

Con cuánto afán al carro la juventud se liga,
que lleva los amores y rige la fortuna;
no importa que sea móvil la hembra cual la luna,
será la misma siempre ya ébano o espiga.

Otoños y veranos, inviernos, primaveras,
interminables horas, sombrías, lastimeras,
a vuestra gris imagen mis tedios van unidos.

El indecible tedio de ver sobre la frente
un cielo, siempre el mismo, clemente o inclemente:
¡ah, quién pudiera darme otros nuevos sentidos!

LEYENDO A SILVA

VESTIA traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas de un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el "Nocturno"

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian dos violines...

.....

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... "Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja",

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son "calino" y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos a ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en "El día de Difuntos"
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos,

lanzados en racimos entre las sepulturas
a beberse la sombra de sus noches oscuras...

.....
... Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

¡exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal Belleza del estigmatizado!...

Ambicionar la túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras a las etéreas salas;

oir los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

. . . . . .

¡Oh, Señor Jesucristo! ¡por tu herida del pecho
perdónalo! ¡perdónalo! ¡desciende hasta su lecho

de piedra a despertarlo! con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho: circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...

. . . . . .
No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!..

. . . . . .
¡Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso.

¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza:
fué el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!...

A JESUCRISTO

COLGADO está del áspero madero
cual lábaro de paz, en las alturas;
dislocadas las finas coyunturas;
pidiendo amor con grito lastimero.

Veinte siglos así! y hasta el postrero
sol que ilumine ignotas desventuras,
remachadas tus férreas ligaduras,
te ofrecerás al universo entero.

Plúgote así que el hombre insano
torne al Bien, sus oráculos inciertos
deje, y no tema tu cautiva mano;

para que por ciudades y desiertos
hallarte pueda el pecador humano,
los amorosos brazos siempre abiertos...

VICTORIA - REGIA

(Fontoura Xavier)

FRENTE que envidiaría Venus Capitolina;
el nimbo y el cabello fingen un meteoro,
por los hombros, el manto, y en el cuello el tesoro
de algún Maharajah indiano, o algún Virrey de China.

Filas, es ella y viene—visión tras la neblina
de un sueño ebrio de amor, todo azul, todo oro:—
debió de semejársele Europa cuando el toro
Júpiter la condujo a la inmortal Colina.

Filas, marcha real, alas de alabarderos,
golpear sonoroso de lanza, en los arqueros,
y del brazo del Rey, con la debida venia,

entre grandes de España, dentro de su corte egregia,
surge a paso marcial Doña Victoria Eugenia,
blanca: en aire y color, una Victoria-regia.

LOS NIÑOS

(Giovanni Pascoli)

I

DE tarde. La pareja bulliciosa
de niños retozaba alegremente
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente
lanzáronse, con pasmo de los tilos,
insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos
parpadeos de cólera inflamada;
por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada
garganta, y por sus pálidas mejillas
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,
buena madre, y con voz dominadora,
separas las airadas fierecillas
y les ordenas: "¡Hacia el lecho, ahora!"

II

LAS sombras lo circuyen .Procesiones
de fantasmas, el labio sigiloso,
parecían surgir de los rincones.

Y fué de oirse el lánguido sollozo
crecer bajo el imperio de algo obscuro
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro
movimiento, y entrambos corazones
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobre manto de vellones,
la madre — tras la palma sonrosada,
la luz — a remirar a sus leones.

Contémplalos absorta: en apretada
red de abrazos, se estrechan dulcemente.
Duermen ambos, el ala replegada.
Y ella los besa con amor riente.

III

HOMBRES! en vuestras iras de felinos
pensad en el misterio pavoroso
que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso
que sobrevive al grito delirante,
y, de la guerra, al ímpetu furioso.

¡Hombres, paz! En la tierra vacilante
enorme es el misterio, y sólo atina
el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina
tarde o temprano a acariciar, desame
el gesto airado, la pasión dañina,

a fin de que la calma se derrame
por nuestra faz, cuando sin ser oída,
se acerque, sin que nadie nos la llame,
¡la Muerte con su lámpara encendida!

INDICE

	Págs.
ANARKOS	3
ANIVERSARIO (S. GEORGE)	14
CROQUIS	15
LA VISITA	17
ANIMAL TRISTE	20
LEYENDO A SILVA	21
A JESUCRISTO	27
VICTORIA-REGIA (F. XAVIER)	28
LOS NIÑOS (G. PASCOLI)	29

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas
7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad
11.	CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
12.	ANDRÉS TERZAGA	Líneas

AÑO SEGUNDO

13.	RAFAEL ALBERTO ARRIETA	Canciones y Poemas
14.	ALMAFUERTE	Amorosas
15.	E. HERRERO DUCLOUX	Del Diario de mi amigo
16.	JOSÉ ENRIQUE RODÓ	Parábolas
17.	M. MEDINA BETANCORT	Meditaciones
18.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
19.	MARIANA ALCOFORADO	Cartas Amatorias
20.	GIOVANNI PAPINI	La oración del buzo
21.	JOSÉ INGENIEROS	La intimidad sentimental
22.	FRAY MOCHO (José S. Alvarez)	Cuentos
23-24.	RAFAEL OBLIGADO	Santos Vega

AÑO TERCERO

25.	JUAN MONTALVO	Prosas
26.	GIOSUÉ CARDUCCI	Odas Bárbaras
27.	AGUSTÍN ALVAREZ	Ensayos y Anécdotas
28.	ANTON CHEKHOFF	Ojos con Sueño
29.	GOYCOECHEA MENÉNDEZ	Páginas Selectas
30.	ANATOLE FRANCE	Crainquebille
31.	FERNÁNDEZ MORENO	Antología (1915-1918)
32.	EDUARDO WILDE	Mar Afuera
33.	GABRIELE D'ANNUNZIO	Tierra Virgen
34-35.	FRANZ TOUSSAINT	El jardín de las caricias
36.	GUILLERMO VALENCIA	Poemas

3 0112 114886366

Cuaderno de próxima publicación:

VENCIDOS (COMEDIA),

por BERNARD SHAW.

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE $ 1.50 m/n. — AÑO $ 3.00 m/n

Número suelto: 0.25 centavos

Número atrasado 0.40 „

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES